

“Despedida”.

(Ad hoc para tiempo de pandemia).

¿Cómo justificar mis palabras? No hay razón aparente.

Quizás, valga una excusa:

El temor a no estar presente, en el preciso momento de tu partida.

Vertidas en desorden, como gotas de lluvia,
sin pretensión poética; sin reglas ni rimas...

Muestran el rostro gris de este invierno.

Noches desoladas, ciudad desierta.

Fruto de insomnios, pensamientos confusos
que me llevan por laberintos sombríos; sin salida.
Allí, largos silencios gritan cosas que no entiendo.

Pienso en el fin; y escribo.

Es absurdo, porque estás aquí en cuerpo y alma...
pero sé que no estoy loco... No estoy ebrio.

“Se adelantó el tiempo y no quiero estar ausente”.

El Tiempo Cósmico corrió veloz, *sin Kairos*;

Dejando nuestras vidas a la vera del camino.

Una excusa más.

Un fantasma danza por el aire
clavando sus puñales a indefensos;

arrasa palmo a palmo; pueblo a pueblo.

¿Quién está libre? ricos y pobres, igual, prisioneros
del incierto. Por eso escribo.

¿No bastan? Otra excusa.

El presente nuestro, con pasado y futuro, ya no existe.

Fugaz se ha ido ¿Te das cuenta?

Ni tú ni yo tenemos el mañana como tiempo asegurado,
por ello, despedirte hoy, se hizo necesario.

El dios de la muerte recorre los Espacios,
cine, mercado, bares y farmacias; ahí está.

En la calle desierta te lo encuentras,
buscas refugio en el hogar; allí, agazapado,
se mueve, que ojo humano no percibe.

Elige y ataca. ¿Entiendes por qué estas palabras?

Comprensible es, quien de Dios en medio del caos, reniega.

¡Tu misericordia, Padre, por qué no llega!

Rasgan vestiduras; cubren con ceniza la cabeza.

Gritan con rabia envenenada ¡Malditos somos todos!

¡Maldita toda creatura humana!

En la desesperación, no reniego, escribo ¿Qué escribo?

“Somos de otro tiempo...” Aquel donde cada uno

vivió su vida, donde cada amanecer tenía su horizonte.

Sí, era nuestro tiempo. En él cruzamos nuestras vidas,

Y en él floreció esta amistad correspondida.

¿No bastan los anteriores argumentos? Una excusa más.

El tiempo aprehendido, como derecho existencial,
ha marchado llevándose canciones, esperanzas, utopías...

¿Cuántos logros alcanzamos?

¿Cuántos brindis, con copa alzada, hicimos?

Y quizás... cuántos sueños por lograr tenías.

Ayer, vivir, tenía su propósito,

La noche traía luz del nuevo día.

La certeza, del acontecer seguro, envolvía la existencia.

La mañana nos hacía levantarnos, mirar las flores,
regar el huerto; hacer las cosas cotidianas sin olvidar las del
futuro.

Comprar el pan en el almacén del barrio, saludar vecinos;

Abrazar seres queridos.

Sentarnos a la mesa, reír, compartir el acontecer diario.

ESE TIEMPO SE ACABÓ.

Regresamos al **no tiempo**, a la **no creación**.

Hemos vuelto al antes del **“Hágase la luz”**.

Tiempo oscuro, sombrío, sin control, sin sentido...

El Mañana se esfumó en un abismo...

y “Tierra de Nadie es mi existir en este mundo”.

Ante el vacío... Oro, escribo.

Hermano, si de algo sirve la memoria, recuerda:

Cuando cada pedacito de la historia era nuestro,

“Cuando Toda La Historia era Nuestra”.

¿Recuerdas aquella ocasión, compartiendo una copa, casi
jugando, lucubramos, sobre el fin de nuestras vidas?

Era tu partida o la mía,

Y no tuve miedo que llegara ese momento.

El campo santo, imaginé, rodeado de los tuyos.

A petición de la familia, agradezco la presencia de quienes
acompañan.

Eso imaginaba y me sentía preparado.

(No cualquiera tiene el honor de dar La Despedida).

...Nunca lo vi como sorpresa. Nada sería repentino.

Pero la muerte, amigo, nos sorprende, siempre... Siempre.

Si el destino decidía lo contrario, allí estarías tú

hablando a los presentes, despidiendo al buen amigo.

Recordarías mis valores, mis sueños, mis miedos y bromas.

La gente, en un solo sentimiento, compartiría tus palabras,
todos a una, recordando mi presencia entre sus vidas.

Para mí despedirte sería lindo. No necesitaría texto para
expresar mi admiración y mi cariño.

Te conocí tanto y tanto te mereces. Algo así diría:

“¡Adiós al Amigo, al hermano, al compañero!”

**“Aquí estamos los que te quisimos; los que tanto te
debemos:**

tu familia, tus amigos; tantos compañeros”.
“Te siento junto a mí como fue siempre, hombro con
hombro, a paso firme, desafiando la cumbre”.

“Aquí estoy junto a los tuyos,
recordando lo que fuiste; los sueños que tenías”.

“¿En cuántas luchas estuviste?” ¿Cuántas trincheras?
¡Para ti, Compañero, sólo Paz, Gozo y Alegría!”

“En mi hablar, expreso mi cariño y el dolor de tantos”;
“Tú, desde la libertad que da la no materia,
miras lo que fuiste y lo que dejas”.

“Estás tan lejos... Has emprendido el vuelo y;
Tras el velo de la muerte, nos contemplas.

¡Qué contraste!

“Aquí tristeza; Allá, alegría plena”.
“Aquí, luchando, contra el dolor y el desconsuelo”.
“Tú, ser evolucionario, en paz profunda
cruzaste el sueño de la muerte”.

“Tus cercanos, los que te conocimos,
Hemos cubierto el ataúd con la bandera.
Aquella que nunca traicionaste”.

“Anoche, entre rosarios, y discursos, no faltó el canto.
Todos querían despedirte.
Cantamos hasta llegar la madrugada
aquellas canciones que tanto querías”.

“Sí, son tantas cosas vividas, Hermano-Amigo,
que el tiempo, para contarlas, no alcanzaría”.
“Recuerdo muy bien que vivimos cosas serias, graves;
pero también anécdotas divertidas, aquellas que te
arrancaban carcajadas,
que hoy nos ayudan a borrar lágrimas.”

“Vecinos, Compañeros, para terminar mis palabras, quiero
pedir con mucho respeto, sabiendo que no todos son
creyentes, que recemos un PADRE NUESTRO para que
nuestro ser querido se vaya en Paz”.

A la oración siguió el silencio... Segundos interminables.
Todas y todos, con mística actitud, sentimos
algo parecido a un Pentecostés,
que nos recorre uno a uno, sanando corazones.

De repente, no sé de dónde, no sé quién,

rompió el silencio, aplaudiendo.

Al instante el aplauso fue masivo.

Cada vez más fuerte,
como la suma de todas las fiestas reunidas.

Luego, los golpes se fueron distanciando, uno de otro.
cada vez más lentos;
firmes, secos.

Como hacha sobre el árbol,
Como azote en el dorso Nazareno,
Como golpes recibidos por causas defendidas.

Transcurrían pausadamente estos aplausos, cuando
bruscamente, estalló una avalancha de aplausos intensivos,
que me volvió a la realidad.
Entonces, alcé la vista, miré a todos. Agradecí y me retiré
tranquilamente.

XXXXX XXX XXXXXXXXXXXXX

La cruda realidad...

La puerta del Hospital se encuentra franqueada por los guardias. La noche es fría. Las familias desesperadas durante horas esperan noticia. Cada cinco minutos los parlantes repiten un único mensaje: “Los familiares no pueden entrar, Sólo los enfermos”. “Por favor, espere su turno. Se llamará cuando haya camas desocupadas”. “Prohibido ingresar. Evite contagios”.

XXXXXXXXXXXXXXXXX XXX XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Un cuerpo inerte.

Es la madrugada, Todo el personal se mueve de un lado a otro. Se escuchan órdenes, carreras...gritos de dolor...

En una sala fría ocurrió la tragedia.

En una cama, más bien desordenada. Está el cuerpo inerte, desnudo de un desconocido; sin nombre, sin documentos, sin familia; nada. Son los restos del Viejo Camarada. Una anónima víctima más.

Un joven médico voluntario, aún no titulado, lo acompaña. Es su primera experiencia con la muerte; y está impactado.

Antes de avisar del deceso para entregar la cama, busca entre las ropas algo que lo identifique, para hacer el parte de defunción. No encuentra nada. Sólo un poema escrito a mano, que dice “Despedida Anticipada”.

El joven médico, solemne, como soldado despidiendo un caído en la batalla, entre sollozos, lee el texto; luego lo guarda.

XXXXXXXXXXXXXXXXX XXX XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

“Tarde en el Hospital”, “El Hombre Imaginario” y “Oda al Hombre Sencillo” subyacen en este poema, traído al presente en pleno siglo XXI, por un poeta menor, para enriquecer la cultura. La palabra ayuda a mantener viva la conciencia sobre la existencia humana, con sus grandezas y miserias.

Víctor Cabrera V.